





TODA RAMA ES AIRE

TODA RAMA ES AIRE

Antología Poética

Héctor Ñaupari



VII FESTIVAL INTERNACIONAL
DE POESÍA DE PERÚ

PRESIDENTE
DE LA ORGANIZACIÓN:
Harold Alva Viale

COORDINADORES:
Sixto Sarmiento, Omar Aramayo

COLECCIÓN PRIMAVERA POÉTICA

CONSEJO EDITORIAL:
Miguel Ángel Zapata, Omar Lara, Juan Cameron,
Jotamario Arbeláez, Jorge Nájjar, Leopoldo Castilla.

TODA RAMA ES AIRE
© Héctor Ñaupari, 2019
© Inversiones Harold Alva EIRL, 2019

INVERSIONES HAROLD ALVA EIRL
Para su sello SUMMA

Calle Buenaventura Aguirre 391, Of. K,
Barranco, Lima, Perú.

Telf.: Movistar (RPM) # 999074143

Diseño de portada: Stalin Alva

Diagramación: Javier Valerk

Email: fippoetica@gmail.com

Tiraje: 500 ejemplares

Impresión: I.H.A. EIRL
Calle Jorge Chávez 1685, Breña, Lima

Hecho el Depósito Legal N°:
En la Biblioteca Nacional del Perú

PRESENTACIÓN

Harold Alva
Presidente del FIP Perú, 2019

EN LOS SÓTANOS DEL CREPÚSCULO

1999

I

Cuando el amor es gesto del amor y queda vacío un solo signo.
José Ángel Valente, Solo el amor.

He devorado tu corazón de ámbar,
tu corazón corrompido por la desazón
y los dientes filosos del invierno.

En la esquina más oscura de la noche
tus párpados como navajas cortan, pétalo a pétalo,
mi desnuda incertidumbre.
La moldean hasta convertirla en una pálida brizna
de esperanza.

Atrapado en este desconcierto de tus ojos,
soy un pedazo de hierba
que crece entre las calles rotas
el loco que martilla golpe a golpe las palabras
y desafía el óxido palpito de la ciudad.

A pesar de mis gritos como torrentes, tú te deslizas
como una bandera en el verano
apareces como la desolación que carcome los árboles
y lentamente me destilas en tus pensamientos
me conviertes en cada sílaba que pronuncias.

Otros me han visto iluminado
por la lámpara del miedo
pero soy el lobo de cristal que codicia tus caderas
que ansía cazar a la bestia sigilosa de tus primeros días
y reposar calladamente en la luz arcana
y distante de tus manos.

Ese es el sueño de todos los pájaros celestes.
Yo, de todos modos, sólo quiero odiar el viento frío
que entra por los edificios que habito
que recala en mi espalda cuando estoy de espaldas
a la noche
cuando me dejo llevar
por el huracán de la terrible muerte,
esa misma muerte que me ha dado tu corazón
para devorarlo
y convertirme en un grito monocorde
una mariposa sifilítica
un cadáver ardiente.

II

Huyes y en cada pisada que dejas sobre la tierra desierta aparece tu nombre.

Está allí, en la primitiva y filosa lengua
del Martín pescador
que atrapa el aire y los salmones pequeños,
en los viejos molinos que se despellejan
frente al sol hambriento
y desafían al musculoso viento de las laderas.

¿Por qué huyes?
¿Acaso no sabes que tu nombre es agua y flor,
palabra transformada en piedra incandescente
en el pálido humo cuarteado por la soledad del otoño?

También es un pezón, un botón morado entre dunas
de piel donde la noche ha dejado de existir.

En tu desesperada huida
has quebrado los cristales de las estrellas
te has convertido en el grito incesante de los peñascos
el alarido que no cesa.

Pero no te muevas, oh ninfa
porque eres el desafío
que necesitaban mis temerosas manos
aquellas que sobrevivían entre el orgasmo y el tedio

para nombrar su confusión
y distinguir el olor de la sangre del polvo ardiente
que tapiza mis alvéolos.

No huyas
porque contigo está huyendo sigilosa la sombra.

Y sin sombra no podré distinguir
el paso monótono de las estaciones,
el ausente calor que hace sudar mis axilas
el rocío helado que recorre mi espalda de piedra negra.

En ti las ventanas registran
el tibio despertar de los cielos.

Han fallecido las estrellas.

Ante mí se sacuden lentamente tus ojos ocultos,
sé lo que observas en tus sueños.

Eterno tigre que le ruge furioso a la luna,
me veo salir furioso de las tinieblas
persiguiendo tu vientre protector.

Sabes que me confunde
el ajado parpadeo de tu corazón
tu dulce nombre inmerso
en el salado mar de las palabras.

Te advertí que no huyeras:
yo te descubriré como la onda leve de la piedra
que fulmina la superficie marina.

Cuando te encuentre,
desearás morir para siempre en un solo minuto,
ese minuto que es todo nuestro tiempo.

Ese callado instante.

V

Dulce centauro que cabalgas hacia la niebla alucinada
no me despiertes de este sueño tenso y azul

en el que voy consumiendo los vastos archipiélagos
de la odalisca que habita en los rincones del pasado.

No permitas que el sol ausente
invada mis tímidas alas
que discretas se despliegan
hacia las altas pagodas de ese cuerpo,
ese cuerpo anónimo como el significado del vacío,
ese cuerpo ansioso como un tornado
que irrumpe en el verano de la estepa
y todo lo destruye.

Las fauces de la odalisca hambrienta
han invadido de polvo la corteza de mi espalda
y han tallado su rostro, su faz de lluvia,
de crepúsculo amargo y embriagado
que es el rostro alucinado de las sombras.

Pálido centauro, si pudieras besar como yo beso
los capullos de sus pezones,
si pudieras alimentarte de su sexo
como lo hacen las flores elementales de la penumbra
que son alimentadas por el alba,
sabrías que hay más placer

en el punto más pequeño de su piel
que en todos los desórdenes
de los sentidos ya probados.

Entonces, cabalga fiero y arremete tus venablos
contra la realidad,
ese gran toro negro, esa potencia primigenia
y destrúyela como yo aniquilo los templos
de este cuerpo
y cerebro mis húmedos y silenciosos ritos
invadido de escombros.

VI

Y que jamás se escriba tu epitafio.

Carlos Murciano,
Epitafio para la sombra de una muchacha.

Lo he intentado todo: convertir tu lengua en agua trémula, romperme los dedos en el hielo de tu desazón y sumergirme en el hondo cráter de tu desesperanza.

Todas las noches he besado la tibia mejilla de la muerte. ¿La has visto? Es lívida y hambrienta como el resplandor de las vértebras.

También he defecado en las esquinas de la desolación, he visto al ebrio desnudo morir como un náufrago incandescente, con los pulmones copados por la arena tenue.

Lo he sido todo: la legión que avanza ciega sin norte sin brújula sin estrategia, la piara de cerdos que cae eternamente por los precipicios, la serpiente sensual que se enrosca tibia en tu vientre.

Y, a pesar de ello, estoy aquí para observarte solamente. Para lamer inconforme tus delicados filamentos. Para que descargues tu furia helada en mi esófago. Y tú has llenado mi corazón de las frágiles alas de la mariposa.

Estoy aquí para fecundarte solamente. De cada uno de mis poros han nacido mis hijos, los hijos de mis hijos, y los hijos de aquéllos. Y tú te has convertido en la piedra que centellea azul frente a los equinoccios.

Mi oficio es el de herrero, ¿no lo entiendes? Soy forjador de espadas como brazos, como lenguas, como garras de tigre que devoran la carne y la desuellan.

También soy juez. He sido el censor inagotable que te señala con el índice extendido entre tus pechos. Tú sólo te asombras y te conviertes en mi aliento, una madera áspera y vibrante.

Estás allí, rígida, cadáver de fruta y de noche. Esa imagen que no reconoces en el espejo, y que se parece tanto a mí mismo, ésa eres tú. Me asombro al reconocerme en ti, a pesar de que tú nunca me has visto.

Hoy, sin embargo, no escaparás. Te he descubierto pálida en la niebla, te he visto caer como una bandera en el viento. Desnuda como un sueño te descubriré, y haré crujir las vértebras de tu cuello. Beberé tus ojos como abismos. Sólo así despertarás, oh ninfa, oh fobia terrible que todo lo destruyes.

IX

*La meta es el olvido.
Yo he llegado antes.*
Jorge Luis Borges,
Quince monedas, Un poeta menor.

Este es el poema del amor y la muerte.

En él diré que soy el vértigo,
el corazón roto de la ciudad
el sacerdote disoluto que ofrenda violetas al invierno.

En cambio, tú eres la herida que no sangra
la noche de veloces estrellas, el filo del suicidio
como un edificio alto o un puente largo
como la sombra de un mástil.

Este es el poema del amor y la muerte.

Tú sabes que cuando te devoro estiro tu piel, la separo
del músculo y la sangre y tan sólo mastico los tendones
y el tuétano de tus huesos.

Recorro la dulce curvatura de tu cráneo y lo imagino
impenetrable como las ciudades sumerias, enristecidas
por la soledad y los leprosos.

Tú sabes que pruebo el vaporoso calor de tu carne
palpitante extendida en mi secreto altar que comeré tu

vestido de tul corroído por los gusanos sosteniendo tu
intestino hirviente en los oscuros recodos de mis fau-
ces.

Tú sabes que te amaré hasta que te pudras y hiedas
en lo profundo de la tierra.

Este es el poema del amor y la muerte.

Y en medio del tibio repaso de tus ávidos dedos, soy
la condenada desolación, que vaga por la eternidad,
desesperado de ti por muchos siglos de búsqueda y
asedio.

XIV

*Poesía, no me niegues tus dones
por más tiempo. Tengo el oído atento,
los ojos despiertos, abierto el corazón.*
Javier Sologuren, Poesía.

El poema es la niebla que anida
al borde de la realidad profana
es el deseo desterrado de las olas
o la sombra que ilumina los bordes de las lápidas.

También es el destello rebelde del agua solitaria,
el punto azul que desprende toda flama
el sueño, quizás el suspenso vestigio
del presentimiento.

Yo he juntado cada sílaba de esas definiciones,
sus significados e implicancias,
sus metáforas y análisis,
cada libro, volumen o tratado construido con ellas,
y he encendido una gran pira
para enfrentar la fría impronta de la muerte.

XXIII

*Ahora ya no encuentro
el trino de los pájaros
ni el poder de las caderas femeninas
que tanto sacudieron mis sueños.*
Tamura Sakoto, Norte de otoño.

A veces, cuando mis pensamientos pertenecen a la estética renacentista, me niego a pensar en ti. También cuando la mañana me lame los cabellos y fracaso al escribir la palabra frío en el poema, es inubicable, tan absurda como toscas barquezuelas en una pintura surrealista.

Y, sin embargo, sé que tengo todas las mañanas del mundo para pensarte, para encontrar el vapor de tus manos en las negras y desesperadas rocas de los acantilados. Y cuando por fin te pienso apareces, y entonces me desvisto sobre la cálida mañana como siempre, y como siempre tú me esperas en la arena ardiente que forma caparzones de tortuga en toda tu piel.

Sólo así soy una vez más el caballero medieval despojado de toda capacidad de asombro o de creencia como no sea creer o asombrarme, o ambas cosas, ante las venas azules que dibujan mejor tus pezones imprudentes, mientras mi tosca barquezuela navega delirante por el océano desnudo de tus negros ojos.

*No lo que pudo ser: es lo que fue.
Y lo que fue está muerto.*
Octavio Paz, Biografía.

¿Quién podrá creer que hicimos esta travesía inmóviles? ¿Acaso la ciudad que mata mariposas en tu pubis?

Nadie comprenderá que tu alma es un negro torrente de hielo que sepultaba mis pesadillas con su punzante oscuridad.

Yo, eclipse escultor de sílabas como estallidos ¿No te dije jaspe almibarado que corta mi lengua en pedazos con sólo tocarla?

¿Acaso no susurré en tus oídos que eras la apócrifa impresión de un amanecer medieval, donde se repiten inasibles las nubes cirros y cúmulos?

¿Qué eras? ¿Cómo definirte en los tiempos en que estábamos rodeados de cadáveres palpitantes?

Tal vez decir: en esos días eras la triste Afrodita de un Olimpo olvidado.

A cada hora nos acechábamos. Mientras otros pretendían ser parteros sangrientos en montes y arenales

sombríos, nosotros sólo mordisqueábamos nuestras débiles almas, mientras caminábamos ansiosos entre las ruinas de un claustro moribundo.

Y allí, en medio de las carpetas carcomidas por las ideologías inflexibles y el deterioro de los años, te estrellabas diariamente en mis rocas testiculares.

Allí eras sólo tú: tus nalgas de piedra negra y ardiente encabritadas sobre mí y dentro de mí. Todo temblaba bajo tu silenciosa orgía. Pero nunca pronuncié ni un gemido, ni me dejé atrapar por el leve anuncio de tu aliento. Los dos conteníamos la respiración como si el mismo mundo hubiera dejado de respirar.

¿Acaso lo has olvidado?

Yo jalando tus cabellos, poseyéndote en mí, matando mis sueños como quien corta las cabezas de los grillos en los patios, sin someterme a la ansiedad que precede a las pestes y las revoluciones.

Nos daba lo mismo amarnos en el pálido abril o en el tibio noviembre. Escapábamos del cólera y de un millar de ojos inquisidores e innombrables, sumergidos en los escombros de un país abismal e incomprensible.

Eras la eterna huida: en esos rincones te convertías en Penélope o Betsabé, Madame Bovary o Nannerl, o

sabe Dios qué otra amante fugaz de mis torpes y masturbatorias novelorías, de los poemas que leía a escondidas de todos, de los versos que te dediqué e hice consumir en tus hogueras manos.

Pero nunca supe, ni sabré jamás, porque te gustaba amarme en esos lugares sucios y llenos de insectos pensativos.

Quizás porque allí podías desafiar a todos los seres vivientes que eran para nosotros el mismo barro muerto. Quizás porque sabrías que nunca seríamos descubiertos.

Tampoco te lo pregunté. Yo estaba embebido de tus cabellos desgarrándome el rostro, ebrio de tu trote silencioso hasta mi cuerpo fatigado por las letanías de óxidos y alacranes.

Disfrutaba las heridas que dejabas en mi lengua cuando la diluías en tus pétalos labios. Me gustaba mantenerlas abiertas raspándolas contra el paladar. Pero deseábamos más. Ávidos de enredarnos como constrictores que mutuamente se devoran, tuve que robar para que acabáramos en hoteles breves y malignos como un beso de Judas infinitamente repetido.

Nunca nos atrapó el crepúsculo. Habitantes de la noche o el día, pero jamás del atardecer, despertábamos a veces al borde del alba cubiertos con nuestras pieles

expuestas y cosidas a nuestros tendones y músculos como el cuero de las lágrimas.

En esos días todavía creía en que nada nos impediría amarnos sin tener que mentirnos.

Tú creías en mi amor puro como un jaguar y yo te preguntaba en mis versos si eras la ninfa ansiosa, o el desesperado cervatillo que se acerca al cazador sinuoso sin saberlo.

Pero era tarde. Abandonado del mundo y de tus óvulos, me había convertido en la delgada lengua de la serpiente, una brutal barracuda despedazando hipocampos y caracolas.

A mí llegaron sin haberlas llamado, danzarinas seráficas y amazonas azules, hembras pálidas y terribles como los huracanes afilados que habitan en la mitad del mundo. Ellas desvanecieron tu amor hirviente y exquisito, lo arrancaron de mis ventrículos sangrientos, lo desollaron y extendieron su piel en la árida arena del desierto sin ocaso del sur.

Sólo eso querían. Los primeros minutos del amanecer me descubrieron deshecho y desolado, casi una sombra de un Prometeo marchito.

Y entonces lo descubrí. Nunca hubo albas ni anoche-
ceres, ni versos ni inquisidores, sólo el irremediable

tránsito de los años al que me sometí por ti sin reconocerlo: una torpe oscuridad que jamás fue un crepúsculo, sólo los sótanos por los que llegué a ser esto que soy, esta tierra en penumbras, esta nostalgia solitaria y este poema que nunca tendrá nombre.

ROSA DE LOS VIENTOS

2006

BREVE IMPRESIÓN DE SALAMANCA

Apareces invicta en las mesetas.

Ni siquiera la helada pedregosa
ciega a quien te observa.

Tampoco la brisa
que parece quebrar el espacio
que crean tus calles discretas
invadiéndolo todo, como un amor encontrado
tras décadas de dolorosa búsqueda.

Y es que, de tanto escuchar los pasos de las corrientes
atormentadas en tus puentes centenarios,
de tanto proseguir con el filoso repaso de las páginas
de libros y volúmenes,
de tanto saber acumulado
que desafía al polvo y al olvido,
tú misma, urbe cenital,
no te has abandonado a la humedad

que reverdece en la piedra de tus edificios infinitos,
ni a la perturbación de las mareas
que traen exiliados y naufragos de lejanos confines,
y solo te ves transida de calma entre ellos,
como un tornado contenido en una bóveda de cristal.

LETANÍA

En esta heredad negra y transida
por las estampidas sucesivas te invoco,
como la niebla enfebrecida
era acogida por las primeras estaciones
hasta su gota última.

Entonces recuerdo el íntimo roce de tus hombros
y la cálida brizna de tus dedos crispados
en mis muslos.

Terminó el festín: carnes y especias dispersas
en tu espalda que cogí inesperado con mi lengua.

Te he perseguido en mi propio rostro
surcado por el láudano.

Ansiaba verte con el ojo izquierdo del corazón.

¿Por qué extraviarte en otros para tenerme?

Nadie como tú desnudaba mis versos,
como yo mismo me deshacía de tu blusa o tu pasado

y así llegábamos al amor como el primer rumor del
ruido que se prolonga hasta ser el acorde sostenido y
lívido que ahuyenta al silencio fugitivo e indemne.

En la mesa servida apartaba con violencia los platos y los vasos para morir en el sabor salado de tus paladares incógnitos y renacer en el aliento benigno que brotaba de tus labios.

Mi cuello era en esa fría hora la tierra nueva el territorio agreste que tus pies hollaban immaculados.

Hoy sin embargo todo es ceniza
una sed inagotable
un laberinto de tinieblas.

NO ME DIGAS QUE LAS NOCHES...

*Y ella es apenas una voz entre los brazos platónicos,
una invisible oscuridad abrazada a la profundidad
negra, atravesada por la pasión de la densa tiniebla.*

D.H. Lawrence, Gencianas bávaras.

...son figurillas chinescas que nos confunden

no me repitas esa invocación a limitarme

no llegues tarde que desespero, me dices y me pides
medida horarios tiempos en serie

que ruedan como los engranajes de un antiguo reloj

no desconectes los teléfonos o iré a buscarte me ad-
viertes lloras recurres a los viejos estratagemas

no me dejas replicar ni pronunciar una oración

Salva a tu siervo Señor de la monotonía
de estas mañanas

levantarse correr beber el té y despedirse rápido
nos deja el bus que nos llevará al puerto
—allí hace todavía más frío—

viejas y brumosas canciones astillan
el silencio que ansío

harto estoy de ver los rostros sin vida
de los funcionarios que me devuelven cínicos
mi propio rostro y entonces quiero
volver a ser la fiera enloquecida por la carne
que todavía palpita en sus entrañas
sentir el pánico escénico del vocalista
frente a la multitud

beber mi sudor helado como las cervezas
de mi juventud tan lejana en estos días

camino como un preso sin nombre
en la Isla del Diablo no hay acantilados que saltar
ni cernícalos grises agonizando en las zarzas

qué más puedo decirte, hoy también llego temprano
amor ¿hay comida en la casa?

¿cómo está la bebe?

pregunto y pienso ser un clavadista
que temerario salta hacia un mar encrespado

—los suicidas siempre saben hacia dónde van—

mañana compraré el pasaje.

CUANDO TODOS DUERMEN

*lávame en la candente ceniza de tu cuerpo,
vierte tu dolorosa palidez en mis manos,
y antes que el crepúsculo descienda de los bosques
a tenderse en la arena como un lagarto acuchillado,
desgárrate los muslos con mi flecha de seda.*
César Calvo, Ausencias y retardos, III.

En ese instante en que todos duermen

en ese minuto que convierto en un tiempo detenido
para poseerte

voy al departamento estoy a tu encuentro

y allí estás

furioso incendio que me envuelve

te despojo sin pausa de las bragas que te apresan

mis manos son ruseñores que te desnudan

en tu bosque espesura

tu piel es el sol que me alimenta

y en tu nostalgia

soy un barco a la deriva abandonado

entre tus piernas como olas

y nada me detiene
y nada te detiene

entonces me tiendes sobre el mueble
y soy la presa cogida en la yugular del deseo
arañas rasgas te abres camino con tus fauces plenas
hacia mi carne viva

sangro y te deseo

me transformo
en la víctima propiciatoria

el alarido que no cesa

y nada te detiene
y nada me detiene

pues soy el fauno que te tensa como un arco
y soy también la flecha que perversa
se hunde en ese rincón tuyo suave y secreto
inesperadamente
ese aroma arcano que solo tú y yo conocemos
lo invade todo

las olas el arco tenso de tus muslos mi piel
en carne viva

y nada nos detiene

no nos importa el futuro o los amantes que poseímos
o que nos poseyeron

solo tus talones en mi espalda espoleándome

solo tu sudor que me traspasa y se evapora
y es luego el rocío que se empoza debajo
de tus pechos y en tus caderas

solo el grito entrecortado enhiesto audible apenas
ahogado por nuestras lenguas serpientes
que ferozmente se devoran

solo tus manos esforzándome a darte más de mí

solo este tiempo intenso
como el último minuto de la noche
en que más unidos que nunca
nos abandonamos

y huyes de mí y yo de ti

y nada nos detiene.

SÚBITO

Sé que te habrás despertado de un largo sueño.

En él era una sombra vigilante
como la de un árbol que también te sueña.

Será ese árbol ahora un mástil

que guía tu velero en un mar nunca embravecido, pero
tampoco apacible un océano de olas como murmuraciones
donde cada gota es mi cuerpo que te mece de
un lado a otro como en la cama donde eres *ab initio* un
lirio y en el amor una pantera hambrienta

y yo lejos de ser un cazador soy un ciervo devorado
entre tus brazos blancos como un trozo de hielo primigenio
en los que me deslizo levemente como si no
tuviera peso.

Soy en ti apenas un vahído, un rayo de sol que intenta
tímidamente derretirte, y transformarte en agua lívida,
amor, líquido ávido que se agita desde las montañas y
no cede, sino que cae y cae y cae hasta llegar al río
cuyo cauce soy yo una vez más cariño mío
y en mi furia que te azota y te ahoga
te abandonas,
apenas arropada por los gemidos que corren
desde tu boca hacia la mía

como cuando estamos en el amor
y en el amor somos otra vez uno,
uno como el sol que se hace del mar
elevando su temperatura para crear las nubes,
esas nubes eres tú, a veces cúmulos y a veces cirros
y yo soy el cielo libre azul que trémulo
te sostiene siempre
como ahora te sostengo al borde de la cama
y elevo tus piernas
lamo tus rodillas tu entrepierna tus muslos
aprieto suavemente los tendones de tus pies
y tú te electrizas,
eres una lluvia con relámpagos sobre mi cuerpo
y yo soy la tierra fértil
amor mío

crecen la hierba y los árboles y los pájaros y los gatos
salvajes que te ven con ojos lánguidos caer, caer, caer,
caes como una muñeca de porcelana entre las sábanas
de la niña que eres tú una vez más, amor,
caes como tus propios pechos sobre el mío,
tus piernas devorando mis pulmones

te amo tanto cuando quieres absorberme totalmente,
dejarme sin un hilo de respiración,
para tejerla de nuevo con tus besos, amor mío,
besos en mi rostro, en mis labios, en mis axilas
y luego te elevas como la vela de un velero
o el más alto edificio de la ciudad
y yo te recorro en todas tus calles,

las más recónditas
las más luminosas
las más oscuras
porque la metrópoli eres tú
y yo soy un náufrago perdido
Malcolm Lowry danzando en el volcán de tu cuerpo,
embriagado de ti más que del tequila inverosímil,
Paul Gauguin pintándote,
salvaje y elemental como eres,
sacerdotisa de las islas de la Polinesia Francesa,
o este tímido poeta,
que te recrea y te describe y te fantasea
y se inspira contigo en la cama
como en este poema.

VAMOS

Vamos.

Dame algo con que empezar.

Uno de tus labios.

Tu omóplato desnudo que muerdo suavemente.

Así. Poco a poco no tengas prisa.

Date vuelta lentamente.

O mejor no.

Haz como si nadaras.

Imagíname como el agua en la que te sumerges.

Vamos.

Ya la niña está dormida.

Eso. Vuélvete sin rapidez alguna.

Estira los brazos.

Que tus pantorrillas bordeen mi cuerpo.

Evoca nuestros primeros encuentros.

Mucho mejor.

Que mi lengua sea el hielo de un largo trago

En tu boca.

Sostenla.

Muérdeme los labios.

Déjame ir a tus caderas.

Coloca tus piernas en mi pecho

Como si tocaras el suelo luego de un gran salto.

Elévame ahora hasta tu rostro.

Casi te oigo decir que me amas.

Haz como si miraras al cielo

Desde la ventana de un rascacielos.

Muy bien.
Deja tus tobillos en mis manos.
Mírame fija y perversamente.
Extiendo tus piernas como una marea infinita.
Sigue así. Tensa.
Continúa junto a mí.
Al mismo ritmo.
Vamos al mismo acorde.
Abandónate.
Eso haremos no lo cuentes a nadie.
No esperes a los invitados.
Será un parte efímero
Sellado con la cera violeta de tus labios.

ROSA DE LOS VIENTOS

*Amor, que mi alma ves y me has guiado
por un camino duro e inclemente,
pon la vista en el fondo de mi mente,
donde ves lo que a todos he ocultado.*

Francesco Petrarca, CLXIII

El amor que nos tenemos es un secreto.

No puedo evocarlo en un poema.

Ella podría enterarse, y es lo que no queremos.

No sabe que eres la rosa alucinada que guía mis pasos.

Eres la rosa de todos los vientos,
señora de los abismos vertebrados
y unidos a las costas.

Todos estos reinos serán tuyos cuando crezcas.

Entre tanto te llevo en mis hombros
y como una ráfaga de petirrojos
me despeinas y te amo.

Esas aves cárdenas y negras te gustan tanto
como las palomas y las jirafas,
tanto que recorreremos kilómetros para verlas.

Y te amo más cuando festiva me pides quedarme en la cocina a oscuras para recibirme antes que a nadie.

Solo tú quieres subir a los trenes cuando cunden las garúas y sorbes esa agua ligera como tu propio peso al que vuelvo cada noche cuando te dejo dormida en el cuarto pleno de animales fantásticos

Dragones

Unicornios

Quimeras

Todos velan tu sueño de princesa.

Es justo en esas horas álgidas en que te oigo –la bruma en mi propia mirada– llamarme, y te llevo a mi propia cama y te cobijo como los arrecifes ocultan una perla ámbar.

Y te amo porque me he desvelado viéndote y porque ahora vivo en tránsito hacia un tiempo a contraluz.

Y te amo porque eres mi rosa.

Llévate mi romance como yo guardo tu nombre.

MALÉVOLA TU AUSENCIA

2019

PENÉLOPE

*Sólo perduran en el tiempo las cosas
que no fueron del tiempo.*

Jorge Luis Borges, Eternidades, *Quince monedas*.

Deja que te vea
como un ardor encendido y turbulento,
puro como el agua del primer día de la creación.

Permite que sea tu padre,
arropándote en tu hora primera.

Consiente que te sorprenda como una fiera que,
incógnita y enloquecida,
irrumpe ante ti
buscando tu piel erizada de pánico
o tu corazón detenido
en el fúlgido instante de la muerte.

No impidas que mi amor se extravíe en tus labios,
donde nacen todos los pétalos de los brezos
o se atesoran los rocíos últimos.

Me parece que hemos vivido antes
esta escena de fiebre y de silencio,
donde te poseo y te contemplo al mismo tiempo
tal vez la mañana antes de partir,
o la noche de conocernos,
en que arrobados
como el suicida ritual, decidido e inmisericorde
dejamos caer, desventurados,
nuestras entrañas al vacío.

No lo recuerdo bien.
Hace ya veinte años de dejarte,
pero todavía guardo invictas algunas fuerzas
para imaginar, por última vez,
tu nocturno recorrido a los brumosos bordes del mar.

Me advierto incesante en tu larga carrera hacia las olas.

A ellas te acercas sin más vestidos que la noche,
sumergiéndote desesperada y obsedida en sus brazos:
su vaivén soy yo, tu esposo, que te sueña.

Y al advertir nuestro lecho nupcial
convertido en una encendida ausencia,
despierto y descubro que te extraño, esposa.

Entonces, precipitado por la melancolía,
adquieres súbita forma.
Tu cuerpo resplandece delicado entre los arroyos
donde nos entrevimos asombrados
como dos amantes,
estrenados y jóvenes,
desafiando al tiempo implacable que no conoce
de nuestros arrebatos intactos
como tus muslos cerrados en mí.

No le pertenecemos.
Y pensar que estando tan lejos nos sentimos más juntos.
Ahora esa distancia tan lejana nos une.

En eso, que me aproximo a vuestras tierras
de perpetua niebla, donde nada separa
a las sombras de la luz,
termina el vértigo de mi lejanía.

Bien sé que han llegado hasta ti terribles historias.
Nada temas.

Circe

Calipso

Nausícaa

Jamás fueron esposas ni amantes
ni afiebradas alucinaciones para soportar la soledad
insomne de un hombre perdido.

Son únicamente las doloridas figurantes
de este atormentado contador de historias
que debía inventar hechiceras, diosas y princesas
para no enfrentar la infeliz realidad de su protagonista:
vencedor de un combate sin héroes
un náufrago sin nombre
la víctima más famosa del mar inagotable.
Por eso seré el asesino de tus pretendientes
y mis remordimientos.
Los desollaré vivos como a los celos que te consumen.
Dejaré que su sangre se espese debajo de tu lengua
para que jamás pronuncies sus nombres.

Y entonces,
encallarás para siempre en mi costado tizado
y sumergido en una fiebre que no espera,
y las huellas de tus pies no irán más hacia las olas
pues ellas marcarán irremediabilmente
mis hombros y caderas
simultáneamente
en una postura
tan imposible como nuestra

Y en ese movimiento que titila como el brillo solar
que antecede al definitivo ocaso
nos quedaremos, al fin, extraviados y juntos
como la memoria y el olvido.

BETSABÉ

Cómo será mi piel junto a tu piel

Chabuca Granda, *Cardo o ceniza*.

Verte es morir, Betsabé.
Y, sin embargo, muero.

Susurra el viento cálido del este, y por su voz queda me despierto. La noche, madriguera entreabierta, que comienza a emerger como un peñasco sujetado por las olas, me arropa suavemente en su tibieza, y así me dejo conducir a mi más oscuro destino.

Ya es el verano y la guerra con su sordo aturdir parece tan lejana. Tan cansado estoy de combatir en tu nombre, Mi Señor Jehová, dame un respiro.

Cardos y caléndulas se abren de par en par.

Y yo busco un aire más fresco.

Y yo te busco, Betsabé, sin saberlo.

Alcanzo la terraza casi preso de una extraña asfixia. Este crepúsculo hace que todo parezca más pequeño, se contiene el mundo en un puño, mi reino entero es un grano de mostaza.

Distingo las primeras lámparas que desafían esta noche aún clara, y entonces apareces de improviso, como el guijarro que lancé hace tantos años a la frente de mi enemigo, que ahora soy yo mismo.

Verte es morir, Betsabé.
Y sin embargo muero.

Y veo no obstante el chispear nimio del agua que te acaricia recorrerte. Y cómo te recorre. Y cómo se funde en cada latido, en cada gota de ese relente tuyo.

No puedo resistirte. Ensoñación, raptó febril, todo se desata, tormenta mía, al contemplarte en ese discurrir interminable de la ablación perpetua que va desde tu cabellera a tus tobillos. Y eres tú con tu melena festiva como una bandera al viento, y tus brazos como ciñéndome y tus rizos de madre selvas más húmedos aún por la llovizna que te arrulla.

Y así tus pechos y tus nalgas cimbrean como un fruto maduro que cae al darte vuelta, giras como una amapola hacia el calor, y su temblor rotundo me embriaga como la copa definitiva de vino y aguamiel, tus ojos son capulíes encendidos, tus muslos ríos que turgentes atraviesan toda la tierra yerma, que soy yo, la mata de vellos en tu pubis es la noche, las vides, el aire, la bóveda celeste, y soy presa de un hambre, una sed interminable de ti.

¡Oh cómo rebelarme! Quiero gritar y no hay voz suficiente que me permita hallar tu nombre, Betsabé.

Y ya no importa nada, ni mi Señor Jehová, ni el reino, ni el futuro, ni mis hijos que morirán bajo la espada, sólo quiero ser la mano de tus esclavas que se reconocen en ti, deseo ser sus ojos que te anhelan, desespero por ser el afluyente que cae derrotado ante tu suspiro como el lirio al cambio de estación, muero por ser el sayo que te seca.

Y al llamarte todo será abismo.

Ese viento casi callado que me trajo hasta ti esparcirá el incendio donde arderé sin consumirme, zarza abyecta y maldita en que me he convertido, junto al pueblo elegido y toda mi stirpe.

Y al tenerte seré una oscura profecía inatajable.

Seré el beso que va de la lengua al labio, del labio a la mejilla, y de la mejilla a tus hombros deliciosos oh Betsabé. Seré tus talones apretando la feble hoja de mi espalda entre la ciénaga. Seré el que te fecunda de impurezas. Seré el que te cabalga a lomo sin montura detrás de los abrevaderos o fieramente en las cornisas del palacio.

Mis manos te tomarán, ebrias de sudor, de restos de carbón y brea, y así cogerán tu boca callando tus ge-

midos, y será tu espalda refregándose contra la tierra espesa de mi vientre, tiznados quedarán tus pezones del polvo que desprenden mis brazos.

Desesperada abrirás en canal el cuero de mis últimos años, asomarán los vellos, las pieles, tu marido, Urías, al que mandé asesinar para tenerte, la sangre de todo lo arrebatado entre nosotros, Betsabé.

Pero ya llegó el invierno, reina mía.

No hay viento ni vírgenes que puedan sacudir el frío en que me he transformado, yo que fui David, pastor, vencedor de gigantes, rey, salmista, y ahora estas cenizas apagadas y marchitas.

Pues verte ha sido morir, Betsabé.

Y viéndote, muero.

SALOMÉ

*¡Ah, vas a danzar con los pies descalzos!
Muy bien, muy bien.
Tus pequeños pies serán como palomas blancas.
Serán como florecillas blancas que danzan sobre los árboles.*

Oscar Wilde, *Salomé: tragedia de un acto.*

De todos los obsequios que hoy llegan al palacio,
no recibiré el que más anhelo.

De todas las súplicas que me alcanzan esta noche,
entregaré la que no debo,
pues lleva en su entraña mi condena.

Nada humano ni celestial deseo,
sólo corromper la pureza enojada y tibia
de tu vientre,
sólo saborear tus rubores de jazmín y aurora,
sólo delirar en tu belleza insondable como un sueño.

Es tu visión desnuda la que provoca la flagración
de mis palpitaciones, el infortunio de mi alma.

Pues si yo, Herodes, me enciendo por ti hasta que ni
una ceniza mía quede que enarene al viento, entonces
que arda el mundo hasta su centro mismo
si éste quiere hacerte suyo.

Yérguete, sobrina mía.
Obseso estoy por morder tu ávida carne de mi carne.

Elévate sobre mi culpa, hijastra.
Traspasado me encuentro
por regustar tu dulce sangre de mi sangre.

Inicias esta orgía que la historia y el mito llamarán
danza fatal, génesis de fiebres terribles e infernales
obcecaciones.

Por ti la pira encendida que consume
hasta el pecado más perverso
llevará siempre tu nombre.

Cada giro tuyo me arrebató y compruebo que te pro-
pagas rápidamente por mi negro sino, como el mal
que castiga el nombre de mi estirpe.

¡Ah implacable naturaleza del desenfreno, a ti te invo-
co! ¡Ten piedad de mi lujuria!

Déjame caer en la tentación de su abrazo,
déjame probar el conjuro de su lengua,
imprégname de su carmesí turbulento,
derrota con sus besos de camelias la pasión
que padecí por Herodías,
maldíceme con un final de averno y sangre putrefacta
con tal de devorarla en un anochecer sin freno
y sin término alguno.

¡Cada sentido mío se complace en tu melena
de tormenta!

Me sumerjo en el encantamiento de tu cabellera
huérfana de toda virtud.

Ella se agita sobre tus muslos y tus pechos,
sobre tus hombros y tus manos, se difuminan tene-
brosos apagando las teas del salón, hasta que no queda
flama alguna, solo la ígnea negrura que precede a la
agonía definitiva.

¡Mi carne enferma y viciosa
está empapada de tu danza!

En cada vertebrar de las flautas y los crótalos
se estremecen tus pezones mórbidos de rubíes,
centellean los ojos incandescentes
de las doradas serpientes
que te envuelven,
en cada nota desasida
aletean los hilos de oro de tu angélico pubis.

¡Qué morbo ver tu sudor
caer de tus caderas y tus nalgas
en cada salvaje tañer del arpa de David!

¡Qué gozo cuando sueño ceñir mi sexo en el tuyo,
sueño que me voy entre tus muslos,

sueño que abandono mi semen en el abismo de tus
labios, sueño tomando a la fuerza tus caderas de ma-
rea, incienso y laberinto, que golpean, asfixian y extra-
vían!

Ahora, que tu danza concluye, pídemelo que quieras.

Pídemelo todos los infiernos
de los que está poblado el mundo.
Pídemelo todos los cielos que nos serán negados
hasta el fin del tiempo.

Pero besas esa boca muerta
y el demonio del desprecio
me posee como antes lo hizo la lujuria mortal
que me acompaña.

¡Si esos labios rígidos y deshojados fueran los míos!

Oh hembra cruel,
despojándote estoy de las joyas que te adornaron,
de las telas breves que te entrevieron, de esa mirada
cortesana, esa cabellera iracunda,
de tus caprichos en suspiros sangrientos.
Y no hay lugar para tus sollozos,
ni piedad para mis quebrantos.

Y te veo partir indiferente al cadalso que adornamos
con nuestras abominaciones.

Y será mi propia agonía agusanada el regalo final
de aquella infame noche.

Y llevará para siempre tu nombre
el incesto el sacrilegio
y mi blasfema mortalidad, maldita Salomé.

DULCINEA DEL TOBOSO

Tu nueva piel seré.

Omar Lara, *Pregunta.*

En la viña de tu boca
cada beso tuyo es un vino nuevo,
amada Dulcinea.

Mil caminos se multiplican en tus caderas, ciudad mía.
No tendré tiempo para recorrerlos todos
en mi desventurado transitar.

Pero, cuando me atisbo en mí,
no recuerdo con qué mañanas
o con qué rocíos tuve que inventarte,
teniendo sólo a mi espada por imperfecto alegato
para concebir tu cabellera de tordos
o tus albos pezones
seguro de entregarme a la muerte silente de tu olvido
en esa tierra pagana que es ahora mi memoria.

Temeroso siempre que al soñar en ti
no estés conmigo,
y que preso de mi devoto amor
seas únicamente mi imaginación
jugándome una broma macabra, bella Dulcinea.

O peor aún, que tengas a otro por creador y dueño
según me han dicho un manco sin fortuna y sin honor
andante sí, pero nunca caballero.

Y si soy un burlado amante
que confunde molinos de viento cual colosos,
que intenta tocarte
cuando eres agua que se desliza sin más
por los cauces de los arroyuelos
querer asirte entre mis manos
es adentrarse en un derrotero lúgubre,
tocarte una empresa imposible
porque eres tan sólo una palabra
que sale de mi garganta
fanatizada por los apremios de mi propia locura,
no obstante, cuando el deseo apremia
toda rama es aire
y entonces te invoco con las manos,
te abrazo con los ojos,
te llamo con la voz secreta de mi sangre,
jugando a condenarme, Dama mía.

CONSTANCE CHATTERLEY

Y en mis noches te sueño.

José Escajadillo, *Yo perdí el corazón.*

Te estoy buscando, Constance, te estoy buscando.

En cada gota de la garúa que hizo infeliz a Melville.

En cada paso de los años
también por el vientre desnudo de los claustros,
que se hallaban igual de desnudos que tus caderas,
hermosas y fieras, acezantes, febriles y acombadas
como el tigre de Blake, o el de Borges.

Te estoy buscando, Constance, te estoy buscando.

Para volver a amordazar tu boca y hacer de nuestro
amor lleno de tierra y hojas secas un condado de si-
lencios y cadáveres exquisitos, una ruta de heridas
apenas curadas en tu piel, un rosario de mentiras para
que tu marido no se entere,

Y así te busco, Constance,

¡Oh cómo pugnaba tu lengua por salir de la trampa!
¡Oh cómo no poder liberar tu boca
pues sería la mía devorada!

Ante ti, bacante mía, mi lengua arrebatada de raíz como una rosa en el ojo de un huracán, consternado la veía sangrienta en tu úvula espléndida, mis dientes y mejillas sometidos a tu capricho, ah Perséfone de mis crepúsculos más siniestros.

Te estoy buscando, Constance, te estoy buscando.

Te busco sin hallarte en esos momentos nuestros, cuando tus manos eran noches cada vez más nocturnas, cuando tus muslos eran tallos cada vez más frágiles temblando entre mis piernas, cuando nuestros labios se parecían tanto a las jóvenes extraviadas en el laberinto de Creta de nuestros besos, cuando decías, sé mi Minotauro, embísteme sin tregua, come mi carne, bebe mi sangre, libérame de una vez de este estuor cotidiano, apártame de este maldecido calvario de días que se suceden, todos iguales.

Quiero ser libre, musitabas, quiero estar sumergida sin cesar hasta tus más álgidos vellos, gritar más allá del frenesí del vino, como una Ménade delirante.

Quiero que seas mi mujer y yo tu hombre, rogabas, el que rasga tus vestidos y te hace suya sin ningún juego previo y sin pedir permiso. Quiero invadirte como las olas a la orilla del mar o el olvido al tiempo. Quiero acercarme a ti hasta que no exista más distancia entre nosotros que tu cuerpo en el mío y el mío en el tuyo.

Quiero abandonarme en tu sexo imparable como una inundación hasta la eternidad sin pausas que se prometen los amantes que nunca más volverán a verse.

Y quiero que, cuando agotados todos los susurros que del fuego vienen, cuando se hayan vueltos negros por el hollín de la chimenea donde nos conocimos y fuimos otros, o tal vez los mismos, sólo queden flores como poemas en tus venas.

Y así te busco, Constance, Constance, desenredándote en mi pecho, en mis huesos, en mi espalda, te busco en el borde de la cama donde tomaba tus muñecas, para tensarte y contraerte como un músculo expuesto, donde te bebía, copa mía, hasta dejarte vacía, donde te encendía, tea insondable, para no dejar sino cenizas.

Te estoy buscando, Constance, te estoy buscando.

Repaso con mi lengua y mi cuerpo todo el frío piso donde te sometía bruscamente como la tormenta del otoño.

Te estoy buscando, Constance,
en el recuerdo de la curva rotunda de tu culo perfecto,

alzado

vibrante

dispuesto

viniendo a mí arrogante como los ejércitos de Jerjes dispuestos a morir en su entrega, como moría yo cada tarde en tus brazos.

Y ahora que muero, en la penumbra, será tu nombre la última palabra que mi boca pronuncie:

Constance

Constance

Constance.

MIEL

¡Oh mi pequeña amada, mi terrible secreto!

Alejandro Romualdo, *Ser diluido*.

Otra vez al partir, revivo al recordarte, Miel.

He renacido en los días que detuvimos por siempre en la memoria para acodarlos en la punta del deseo y a espaldas de la nostalgia, esos días de topacio inundando las nómadas recámaras donde dormimos, esos días secretos en que huimos de los cuervos que nos separan, esos días en que engañamos al tiempo.

Otra vez, Miel, escapamos de la intrascendencia y las convenciones para ser nosotros, en la discusión o en el miedo, en el juego o el beso que nos une y nos separa.

Otra vez, Miel, transitamos por aeropuertos y estaciones, por tierras frágiles y senderos nuevos, por el voluble sol que sale cuando todo anunciaba el frío.

Otra vez, Miel, le arrebatamos al destino decirnos adiós entre el abrazo y la desolación, entre tus salidas al límite y mis puntuales itinerarios, en esa mala desesperación mía, histérica ante tu dejarte llevar, en ese

escarceo tuyo ante lugares recién descubiertos a nuestros ojos, en esa ventaja de minutos que ambos pensamos jamás tendríamos.

Otra vez, al partir, te marchas, Miel, y un silencioso estruendo de melancolía aparece en mí como un ritual ingrato de tanto repetirse, sucesivamente mostrado en nuestros escapes migratorios de gorriones y busardos.

Otra vez, al partir, Miel, quedome en vigilia viéndote dormir siempre al lado izquierdo de la cama, y te acaricio como a esas cosas olvidadas deliberadamente, una blusa en el closet o amarnos la última noche.

Otra vez, Miel, no eres tú, soy yo, decías entre lágrimas para dejarme, como invocando un sortilegio que viene de antiguo, cuando las brasas y las cascadas les hablaban a las mujeres ascendientes, les contaban sus secretos y revelaban sus nombres a los dioses que aún no existían.

Una vez más el amor atestiguó nuestro fugitivo júbilo frente a las cortinas solares que nos invadían, nos arrasaban, nos quemaban en una fogata de infranqueable luminosidad, necesaria desde nuestros orígenes, dio fe de las botellas de vino idas y bebidas, las osamentas de mantas, sábanas y besos cubriendo nuestros cuerpos indomables e imaginados, y del ángel que salía de mí cuando te abrazaba, otra vez, al partir.

Otra vez, Miel, en la estación presente, te escribo, mientras la congoja de tus maletas empaca recuerdos ya albergados en nuestra memoria y el espíritu del adiós pretende enmudecerme, pero es vencido por esta saudade inusitada, mientras espero que vuelvas del otoño que te desnuda apartada del verano de mis ojos, de mis caminatas cotidianas, desde donde aguardo la sigilosa rotación de tu retorno.

OTROS POEMAS

2007–2018

LA HABANA A CONTRALUZ (2007)

Heredé de mi padre a mi madre, sus silencios y su pasión por La Habana a contraluz. Fue para él una luz noble y hermosa. Quisiera darle mis ojos, que han visto su ser real, esa dolorosa tiniebla que no cesa y todo lo devora.

Nada queda ya de las voces altas y graves de los poetas que la defendieron, sólo el susurro infame de la sospecha, la delación constante, ese miedo profundo que despoja todos los climas del alma.

De la promesa de mujeres y hombres nuevos, restan únicamente espectros indolentes, que aparecen en el Vedado con el pecho cercado entre ballestas, desamparados hasta de la lluvia y el polvo.

Hoy todo se derrumba en Obispo y en Reina. Los edificios, las calles, los zaguanes, todos desaparecen

entre el barro y la sangre, lejos del eco, ya casi evadido, de tus antiguos esplendores.

He buscado en La Habana el albor de mi herencia paterna. Supe que ha huido, oh poética ironía, de tu decrepito gobierno de difuntos y flores. Buscó una balsa, tomó la marea favorable y se hizo a la negrura inhallable del mar.

Pero volverá pronto, porque las verjas y los alambres de púas no apresan los sueños, porque tu lóbrego poder no podrá resistirse al cambio de estación.

Regresaremos con los prisioneros, con los despojados, con las blancas mujeres dolientes, con los ateridos por los estragos de una larga espera. Con ellos nos pondremos la piel arrasada, los sacos sin recelo, el perdurable ímpetu. Seremos la primavera, la alegría, la ola libre azul que pese a irse siempre vuelve.

Nada podrá impedirlo. Caerás como lo hace el aguacero, inevitablemente. Entonces, te veré derribado hasta de los recuerdos. Y con tu olvido serán nuevas todas las cosas, el aire, la luz, la libertad, mi amor heredado, y sobre todo el mañana, que se extenderá como el cielo en la línea febril del horizonte.

HERMANO ALFREDO (2012)

Tu amistad fue la casa
que albergó a mis primeros poemas.

Ella transformó sus paredes y zaguanes
en la tierra fértil donde estos versos crecieron,
dieron frutos
ascendieron de los sótanos del crepúsculo hacia la luz,
hallaron su camino por la rosa de los vientos
y desdeñaron, malévolas, a la ausencia.

Tu amistad fue la mesa
donde serví mis últimas cenas.

En ella fluyó con abundancia el vino,
se multiplicaron panes y pescados,
que nutrieron y saciaron a todos.
se sentaron a mi lado mi último romance
y mi primer amor verdadero, inesperadamente.

Cómo no, compartieron risas y abrazos
amigos de todas las patrias.

Tu amistad fue la puerta donde pasaron
todos mis recuerdos.

Los antiguos y los nuevos.

Pasaron también
los últimos años de mi juventud primera,
los que llevo en cada ocaso,
y los que me despiertan al despuntar el alba.

Tu amistad fue Salamanca
donde fui joven y poeta.

Ciudad cenital, con sus férulas
y su vientre a cuestras – vallejianamente –
de noche intensa, cerrada, babilónica,
de tantos vagamundos, en ella obtuve consistencia,
estatura, caos, silencios y alondras
lluvias y heladas que ceden el paso
a primaveras vertebrales.

Por ella amé Palominos y Libreros,
la Clerecía y San Esteban.

Y pude llamarte hermano, Alfredo,
tú que eres mi casa, mi mesa, mi puerta.

Y nuestra Salamanca.

FRAY LUIS Y LOS DONES (2013)

Vienes de un desierto dorado y profundo.
donde quiera que vayas
se abren ante ti
almas tatuadas de melancolía.

Tu mirada es un huerto,
un jardín espiritual de habitaciones limpias
que ha vencido a la muerte,
esa oscuridad definitiva.

Tu voz es un morral repleto de rocas afiladas,
sus énfasis nos llenan de dolientes ternuras.
caen como una granizada
o la lluvia salmantina del invierno.

A ellas invoco los dones que me fueron negados.
pésame padre mío la camisa sucia el cabello sombrío,
los lirios que deshojé, las lámparas que no encendí.
arrodillado espero la penitencia que merezco.

Sólo te ruego
ser digno de sonreír en silencio,
de alcanzar a mi madre
una cobija en estas noches ateridas,
de atar los cabos sueltos que deje abandonados
y de transcurrir este último día
como el único por el que vale la pena vivir.

ODISEO Y LA SIRENA (2016)

Una de las sirenas que seducían a Odiseo se enamoró del héroe, y lo poseyó, encabritada sobre sus muslos mientras él al mástil atado estaba. Tanto gozó, que su sexo imparable como una inundación empapó el cuerpo del rey. Al acabar, cual una acróbata enloquecida le ofreció, para su goce, su culo succulento. Su descendencia lujuriosa se perdió, pero los amantes ganaron una postura bella como una extraña gema.

EL PERÚ DE ROMUALDO (2017)

*Según mi modo de sentir el fuego
soy del amor: sencillamente ardiendo.
Según mi modo de sufrir el mundo,
soy del Perú, sencillamente siendo.*

Perú en alto, Alejandro Romualdo.

Qué terrible e inexplicable país es éste.

Inexpugnable y perverso que induce a la locura
tan solo por vivir en sus arenas de agujas
y cielos cubiertos.

Qué injusto y arrobado país es éste.

Tribus de cangrejos y alacranes
que responden a sus naturalezas
avanzando de lado sin andar realmente
y envenenando a todos
los que les servimos de puentes.

Qué argamasa filiforme y brutal tuvo que hacerlo,
con qué lágrimas y metales hubo que fabricarlo
moliendo a sus poetas hasta los huesos
y esparciéndolos como una brizna sangrienta
en ese aire sin alma de su invierno.

Amar este país es un suicidio.
Una oda a la derrota
y al cínico desconsuelo del que ya nada espera
en una calle donde nadie transita.

Este país es el aspaviento último
de un cadáver en la orilla del mar,
es la mujer equivocada que amamos
contra todos nuestros instintos
sin ser correspondidos.

En este país donde todas las zarzas se consumen,
todos los julios calan helados en nuestros huesos
y todos los octubres son plúmbeos.

Este país fue el hambre de Vallejo
la tisis de Oquendo de Amat
la bala en el cráneo de Arguedas
el cáncer de Cisneros
y el rostro golpeado de Romualdo.

¿Será su destino el mío?
Si escribir en este país es una guerra sin victorias
pues que así sea,
porque ver en sus ojos y untarse la piel
con su amargura y desconcierto
es lo único que me permite reclamarme humano.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN / 7

Harold Alva

EN LOS SÓTANOS DEL CREPÚSCULO

(1999)

I

II

V

VI

IX

XIV

XXIII

XXVI

ROSA DE LOS VIENTOS

(2006)

Breve impresión de Salamanca

Letanía

No me digas que las noches...

Cuando todos duermen

Súbito

Vamos

Rosa de los vientos

MALÉVOLA TU AUSENCIA
(2019)

Penélope
Betsabé
Salomé
Dulcinea del Toboso
Constance Chatterley
Miel

OTROS POEMAS
(2007–2018)

La Habana a contraluz (2007)
Hermano Alfredo (2012)
Fray Luis y los dones (2013)
Odiseo y la sirena (2016)
El Perú de Romualdo (2017)

TODA RAMA ES AIRE
de Héctor Ñaupari,
se terminó de imprimir en los talleres gráficos de SUMMA
por encargo de Inversiones Harold Alva EIRL.
Lima, septiembre de 2019.
Perú.